

CLXVIII.

»Mas yo una gracia (el hado no la veda)
Que de los tuyos y el poder latino
Redunde en majestad, pedirte pueda:
Hacer sólidas paces el Destino
Y alegres bodas colebrar conceda,
Yo desde ahora á su querer me inclino;
Muéstrese, empero, el natural del Lacio
Su viejo nombre en mantener, rehacio.

CLXIX.

»No ellos Teucros se llamen ni Troyanos,
Ni de vestido muden ni de idioma:
Viva el Lacio; haya príncipes albanos,
Nada por siglos su poder carcoma;
Y derive de pechos italianos
Virtud pujante la futura Roma.
Muerta es Troya; su nombre aborrecido
Yazga con ella en perdurable olvido!»

CLXX.

Sonriendo el Autor de hombres y cosas,
«De Jove hermana y de Saturno hija
Te ostentas,» dice, «cuando áun no reposas,
Y dentro el pecho en ansiedad prolija
Esas iras revuelves procelosas!
Cálmalas ya. Ni mudo afan te aflija,
Ni me torne á asestar tristes querellas
Tudulce boca, ejercitada en ellas.

CLXXI.

»¡Oh, sí, que te daré cuanto has pedido;
Yo todo tuyo soy! Sus tradiciones,
Su popular lenguaje y su apellido
Conservarán de Ausonia los varones:
El vencedor uniéndose al vencido
Refundiráse en él. Yo instituciones
Sacras, yo ritos les daré divinos:
Una el habla será; todos, Latinos!

CLXXII.

»Formarán ambas razas de consuno
Un pueblo que á mortales y á inmortales
Susperará en virtud; y pueblo alguno
Te dará cultos á su culto iguales.»
Sus pensamientos serenando Juno
La frente inclina ante razones tales;
De los aéreos ámbitos se aleja
Al mismo tiempo, y el nublado deja.

CLXXIII.

Así aquella acordanza concluida,
Su mente sábia el Padre soberano
Vuelve á otro punto, y á Yturna cuida
Apartar de las lides del hermano.
Hay dos plagas que Diras apellida
La Fama: á entrambas ya, por modo arcano,
De sí Noche abismosa lanzó fuera,
A un tiempo, al par que á la infernal Megera.

CLXXIV.

De iguales serpentíferas espiras
La madre armólas, y de fuertes alas,
Con que aparecen las gemelas Diras
Del Dios tremendo ante las régias salas,
Prestas mueven, ministras de sus iras,
Miedo á las gentes, si á ciudades malas
El amenaza desolar con guerra,
O peste y mortandad manda á la tierra.

CLXXV.

Jove á una de ellas desde lo alto envía
Porque lleve á Yturna infausto agüero.
Voló la Furia, y la region vacía
En torbellino atravesó ligero.
Cual flecha, armada de ponzoña impía,
Que el Parto ó el Cidon de arco certero
Ha tirado, y, silbando, la interpuesta
Nube traspasa, incógnita y funesta;

CLXXVI.

Tal rápido á la tierra se abalanza
Aquel atorto de la Noche oscura.
Y así que á ambos ejércitos alcanza
A divisar, abrevia su figura,
Y del pájaro toma la semblanza
Que en cementerio ó solitaria altura
En la noche callada aciago asiste
Turbando el aire con su canto triste.

CLXXVII.

Tiende á Turno, de forma tan provista,
El ominoso vuelo y se alborota
Pasando y repasando ante su vista,
Y con las alas el broquel le azota.
Terror secreto al mísero contrista
Y de los miembros el vigor le embota;
El cabello erizado se levanta,
Anúdase la voz en su garganta.

CLXXVIII.

Luégo que hubo Yturna, en el sonido
Y en el batir fatídico del ala,
De léjos á la Euménide sentido,
De hermosas crenchas la esparcida gala
Rasga, hiérese el pecho dolorido,
Y el rostro ofende, y su dolor exhala
En voces tales: «¡Ay! en vano, en vano
Ya ayudarte querré, mísero hermano!

CLXXIX.

»¡Cruel fuérzanme á ser! De hoy más, ¿qué esperor
¡Y qué! ¿de prolongar, Turno, tus días
Arbitrio no me queda? ¿Aqueste agüero
Deshacer no podrán las fuerzas mías?...
¡Cesad, cesad en vuestro azote fiero;
Ese vuelo, ese grito, aves sombrías,
Harto conozco y me atormentan harto!
Ya os obedezco, y de la lid me aparto.

CLXXX.

»Sí, que en vosotras el imperio siento
Del magnánimo Jove! ¿El precio es ése
De mi virginidad? ¿Qué á mi contento
Presta eterno vivir? ¡Nunca él hubiese
De la ley del comun fenecimiento
Exentado mi sér! Mortal yo fuese,
Fin diera á mi penar, y huyendo haría
A la fraterna sombra compañía!

CLXXXI.

«¡Héme ahora inmortal! ¡Oh hermano mio!
¿Qué habrá sin tí que enojos no me sea?
¿Y dónde mi doliente desvarío
Abismo tan profundo cual desea
Que me trague hallará, y en el umbrío
Reino sepulte á esta infelice dea?»
Dice, y llora, y cubierta un glauco velo,
En hondas linfas escondió su duelo.

CLXXXII.

Enéas entretanto con la grande
Arbórea lanza á su contrario acosa;
Hace el hierro brillar miéntras la blande,
Y habla; en su voz la indignacion rebosa:
«¡Qué! ¿y será que tu planta se desmande,
Turno, á nueva tardanza vergonzosa?
Con bravas armas ya, no en triste huida,
Brazo á brazo el combate se decida!...

CLXXXIII.

»¡Vé, toma formas mil! Cuantos el arte,
Cuantos recursos la pujanza encierra,
Ensayá: vuela al cielo á refugiarte,
O en los cóncavos senos de la tierra!...»
Sacude la cabeza, y «No, no es parte
Tu ira á aterrarme, ¡oh bárbaro! me aterra,»
Turno dice, «la cólera divina;
Júpiter, sí, que labra mi rüina.»

CLXXXIV.

Más no dijo; y rodando la mirada
Sobre el campo, una piedra vido ingente,
Ingente, antigua piedra, colocada
Porque allí señalase permanente
La linde de dos predios disputada.
Cargaran peso tan difícilmente,
Tendiendo fuertes cuellos á porfía,
Doce hombres de los que hoy la tierra cria.

CLXXXV.

Arrebata el pedron con mano presta
Turno, y con él, cuanto en sus fuerzas cabe,
Empínase, y veloz corre, y lo asesta.
Turbado el héroe, que acudió no sabe,
Ni que asió del peñasco, ni que enhiesta
Mueve su mano aquella mole grave;
¡Ay de él! á sus rodillas falta brío,
Cuaja su sangre de la muerte el frío.

CLXXXVI.

Arrojado del brazo prepotente,
Rodando el risco en la region vacía,
No completó su giro, inobediente
Al recibido impulso que lo guía.
Y cual finge terrores el durmiente
En el regazo de la noche umbría,
Por lánguido sopor ligado, y sueña
Que ansiosa fuga en alargar se empeña,

CLXXXVII.

Y siente en sus conatos que desmaya,
Del antiguo vigor privado, y yerta
La lengua en vano desatar ensaya,
Y voz ni grito á producir acierta;
Por dondequiera, así, que Turno vaya
A entrar brioso en la que senda abierta
Ha imaginado, allí la Diosa dura
El éxito á estorbarle se apresura.

CLXXXVIII.

Ya naufraga en angustias su esperanza:
Ha tornado á los Rútulos la vista
Y á la ciudad; mas la apremiante lanza
El pié le ataja, el ánimo le atrista:
Ni con qué traza escape se le alcanza,
Ni por cuál modo al enemigo embista;
Rastrea en torno, y su ojeada es vana,
Que ni el carro aparece ni la hermana.

CLXXXIX.

Dudar ve á Turno, y su asta fulminante
Vibra Enéas, propicio punto cata
Con los ojos, y arrójala distante,
Y entero en ella su poder desata.
No con ímpetu suele semejante
Piedra que de ballesta se arrebatá
Terrífica zumbar; ni así, encendido,
Estalla el rayo en hórrido estampido.

CXC.

Fiero estrago llevando, el hierro crudo
Vuela á guisa de negro torbellino,
Y por lo bajo rompe del escudo
Hasta el séptimo cerco diamantino,
Y el halda abriendo á la loriga, pudo
Crujiente en medio al muslo hacer camino.
Al fiero golpe, que de acción le priva,
Turno enorme de hinojos se derriba.

CXCI.

Alzándose, en doliente vocería
Los Rútulos prorumpen; gime el viento,
Y tiembla en torno el monte, y á porfía
Vuelven los altos bosques el lamento.
El, hincado, la diestra dirigía
Y miradas de humilde sentimiento
A Epéas: «He mi suerte merecido,
Y nada,» exclama, «para mí te pido.

CXCH.

»¡Venciste! todo en mí te pertenece;
 Me han visto los Ausonios prosternado
 Tender las palmas. Si piedad merece
 Un padre (fuélo Anquíses) desdichado,
 La ancianidad de Dauno compadece,
 Y vivo, ó muerto, cual te venga en grado,
 Este hijo tu piedad le restituya.
 ¡Oh! cese tu rencor; ¡Lavinia es tuya!»

CXCHH.

Paróse armado el héroe encrudecido,
 Y revolviendo los ardientes ojos
 La diestra reprimió: ya del rendido
 El discurso amansaba sus enojos,
 Cuando el infausto talabarte vido
 De Palante asomar, ricos despojos
 Que echó sobre sus hombros Turno ufano,
 Muerto el mancebo, y con sangrienta mano.

CXCIV.

Han resaltado las que el cinto lleva
 Lucientes inequívocas labores.
 Conforme Enéas las miradas ceba
 En aquel monumento de dolores
 Insanables, la colera renueva,
 Y clama así, terrible en sus furoros:
 «¿Con tan queridas prendas te atavías,
 Y escapar de mis manos presumías?

CXCIV.

»Palante es quien te hiere; sí, Palante
 Quien te inmola, y se venga en tu culpada
 Sangre!» Dice, y al pecho que delante
 Tiene, encamina la fulmínea espada
 Enardecido. Turno en ese instante
 A manos siente de la muerte helada
 Sus miembros desatarse, y gemebundo
 Su espíritu indignado huye al profundo.

FIN DE LA ENEIDA.

Yo aquel que ya con quitos, destempladas,
lleno de afanes pronuncié discursos,
y dejando estudios comenzados,
Causa fui, que muy triste y sin recursos,
No satisperese gases tan deseados
de exigente labor todos mis cursos
- Obra grata de la bohemia gente -
Mis alegrías canto del presente.

23-5-1903.

